

24

Colección
Ciencias Sociales

Caminos para construir un medio escolar

Juan Carlos Ceballos Sepúlveda
Compilador



Ceballos Sepúlveda, Juan Carlos, compilador

Caminos para construir un medio escolar / Compilador Juan Carlos Ceballos Sepúlveda – 1 edición – Medellín: UPB. 2023 -- 125 páginas. -(Colección Ciencias Sociales, 24)

ISBN: 978-628-500-108-6 (versión digital)

1. Educación 2. Enseñanza: medios de comunicación 3. Estudios de comunicación

CO-MdUPB / spa / RDA / SCDD 21 /

Cómo citar este libro en APA:

Ceballos-Sepúlveda, J. C. (Comp.) (2023). Caminos para construir un medio escolar. Medellín: Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

© Juan Carlos Ceballos Sepúlveda

© Julián David Vélez Carvajal

© Ana Lorena Malluk Marengo

© Santiago Burbano Orozco

© Laura Cristina Castrillón Valencia

© Tatiana Lozano Jaramillo

© María Camila Rendón Fernández

© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana
Vigilada Mineducación

Caminos para construir un medio escolar

ISBN: 978-628-500-108-6 (versión digital)

DOI: <http://doi.org/10.18566/978-628-500-108-6>

Primera edición, 2023

Escuela de Ciencias Sociales

CIDI. Grupo de investigación: GICU (Medellín) - COEDU (Montería). Proyecto de investigación: Medios escolares: mapeo de experiencias significativas en instituciones educativas en el Valle de Aburrá y Montería. Radicados: 102C-05/18-17 (Medellín) y 234M-07/18G-015 (Montería)

Gran Canciller UPB y Arzobispo de Medellín: Mons. Ricardo Tobón Restrepo

Rector General: Padre Diego Marulanda Díaz

Vicerrector Académico: Álvaro Gómez Fernández

Decano de la Escuela de Ciencias Sociales: Omar Muñoz Sánchez

Directora Facultad de Comunicación Social-Periodismo: María Victoria Pabón Montealegre

Coordinadora (e) Editorial UPB: Maricela Gómez Vargas

Producción: Ana Milena Gómez Correa

Diagramación: María Isabel Arango Franco

Corrección: Cristian Suárez Giraldo

Diseño portada: Andrés Marín Yepes

Dirección Editorial:

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2023

Correo electrónico: editorial@upb.edu.co

www.upb.edu.co

Medellín-Colombia

Radicado: 2282-02-08-23

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier propósito sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

Capítulo 4

Aprender con el medio de comunicación escolar

Tatiana Marcela Lozano Jaramillo¹

Cada año, antes de iniciar el ciclo escolar, los maestros hacen la planeación de sus materias y establecen unos logros, es decir, los aprendizajes que los estudiantes deben alcanzar en sus asignaturas al final del año. Por ejemplo, en el grado octavo, en Matemáticas se aprende a factorizar o en Español se estudia la estructura de una oración –sujeto, verbo y complemento– y, también, se tiene la posibilidad de descubrir y conocer a los escritores del llamado Boom latinoamericano.

En proyectos como los medios de comunicación escolar (MCE) generalmente no se fijan unos aprendizajes para el año o el periodo; sin embargo, sí existen y es importante identificarlos. De esta manera, se puede hacer consciente lo valioso que son los aprendizajes que se logran en la producción de un medio escolar y de las diferentes maneras en que esta experiencia transforma la vida de los estudiantes, también de los maestros y maestras ¡Así es! Uno de los resultados de la in-

1 Comunicadora Social-Periodista (UPB). Periodista en La No Ficción.
tatianalozanoj@gmail.com

investigación, que dio origen a este libro, indica que hacer parte de un MCE cambia, para bien, la vida de quienes participan en él. En este capítulo se compartirán qué tipos de aprendizajes se pueden dar en un proceso como este, a partir de aquellos referenciados en el mapa del sitio web: <https://escuelaenelmapa.com/>

Aprendemos a ser juntos

Kaplún (1998) sostiene que la educación es transformadora cuando permite que los estudiantes se reconozcan mutuamente como personas y, además, puedan aportar aprendizajes a los otros. Esto es posible desde una acción y una reflexión que, en conjunto, permitan una apropiación y una construcción del conocimiento de manera colectiva.

En los medios escolares estudiados, las formas de producción trascienden el trabajo en equipo, que muchas veces se reduce a delegar tareas, hacerlas individualmente y luego juntarlas. En muchos casos, esas tareas parecen un Frankenstein, es decir, un montón de ideas sueltas, en ocasiones sin una estructura clara, que hace que al final sea muy evidente que el trabajo lo hicieron varias personas individualmente y no todas en conjunto, comunicando sus ideas y poniendo en común rutas de trabajo. En contraste a esto, en las experiencias de MCE estudiadas se dan dinámicas de trabajo colaborativo, el cual “se propone como el antídoto de la cultura del individualismo” (Ashton y Webb, 1986; McLaughlin, como es citado en Lavié, 2009, p. 11), aspecto que marca la diferencia.

¿Qué es lo primero en lo que piensan cuando escuchan la palabra *colaborar*? Tal vez cuando sus padres les piden que colaboren con los oficios domésticos o quizás en el mundo de la música, cuando en una canción participan varios cantantes, a eso se le denomina *colaboración*. Esta palabra viene del latín *colaboralle* y su definición básica es “trabajar juntos en un proyecto”. Y, aunque esa es la esencia del trabajo colaborativo, no se queda allí. El trabajo colaborativo se puede entender como proceso en el que un individuo, al interactuar con los integrantes de un equipo, aprende más de lo que lo haría por sí solo, fruto de la comunicación y contraste de sus puntos de vista. Así, se construye el conocimiento de manera colectiva (Guitert y

Jiménez, 2000). El trabajo colaborativo es una invitación a abandonar el pensamiento de “el otro se hará cargo de...” para asumir, desde la planificación, el seguimiento y la evaluación conjunta de las tareas clave para la consecución de las metas establecidas (Ramírez Ramírez y Rojas Burbano, 2014).

A partir de esta definición, se puede reconocer cuándo lo que se hace en la escuela es trabajo colaborativo y cuándo no: si se interactúa con el equipo de trabajo en todas las etapas del proceso, cuando hay compromiso por cumplir con las tareas asignadas, de manera consciente y poniendo en común las ideas y propuestas. Y eso fue lo que se halló en los MCE consultados: estudiantes activos en el debate, las reflexiones, las propuestas y en las ideas que aportan, desde los conocimientos y preferencias de cada uno. Así, construyen colectivamente el medio de comunicación.

El trabajo colaborativo solo se da cuando “todos los participantes del grupo deben comprometerse activamente a trabajar juntos para alcanzar los objetivos señalados” (Barkley et al., 2007, p. 18). Esto se constató, por ejemplo, en el periódico *El Espejo*, donde, a pesar de que cada participante escribe su texto de manera individual, los mismos deben pasar por los consejos de redacción en los que sus integrantes opinan acerca de los temas que deberían tratar, discuten diferentes perspectivas y argumentos, proponen ideas y orientan a sus compañeros sobre cómo abordar sus textos. Vale la pena resaltar que el papel del profesor es de acompañar y ofrecer algunas directrices, porque son los mismos estudiantes los que propician y lideran el proyecto del MCE. Esto muestra el real compromiso que tienen los integrantes de *El Espejo* para garantizar la calidad del periódico, una responsabilidad voluntaria, desde la iniciativa personal y que no está motivada por una nota o calificación.

Las dinámicas que se dan en estos consejos de redacción, en los que todos los estudiantes tienen oportunidad de comunicar sus ideas, pasan por defender sus posturas y aprender de los conocimientos que aportan todos; esto evidencia que los participantes están involucrados en el medio escolar. Más allá de su papel individual, se genera un sentimiento de colectividad en el que los miem-

bros son conscientes de que las decisiones que toman inciden en algo más grande que ellos mismos.

Aprender el valor de la propia palabra

En los colegios es común que los estudiantes sientan que no pueden expresar sus pensamientos, opiniones o ideas debido a que los maestros y maestras son quienes tienen la autoridad y son los dueños de la palabra: ellos son los que transmiten el conocimiento, dan instrucciones, piden memorizar datos. El papel de los estudiantes es pasivo: se limita a escuchar, sin cuestionar lo que dicen los profesores. Esto se conoce como educación bancaria (Freire, 1985), en la que los estudiantes son como vasijas que deben ser llenadas de conocimiento por el docente, sin posibilidad de refutar o aportar desde lo que ellos saben o desde su experiencia de vida. Según esto, mientras más vaya llenando el docente los recipientes con sus “depósitos de comunicados”, mejor educador será. Cuanto más se dejen “llenar” dócilmente, tanto mejores educandos serán (Freire, 1985). Como antídoto a este modelo aparece la educación problematizadora, en la que los educandos van más allá de adquirir conocimientos, y entran a dialogar con el educador y otros alumnos sobre sus contextos y vivencias, desde un papel activo y empoderado (Kaplún, 1998).

Las dinámicas que se dan en los MCE corresponden al modelo de educación problematizadora, pues se demuestra que los conocimientos y opiniones personales sí tienen valor. Por ejemplo, el INEM, con su periódico *El Humanista*, evidencia que los estudiantes son las líderes de las discusiones alrededor de la publicación y también responsables de decidir sobre los contenidos que se publican. El profesor, por su parte, actúa como un acompañante y orientador (como se mencionó en el caso del Colegio Cumbres).

Adicionalmente, un descubrimiento fundamental en la investigación fue reconocer el valor de la propia palabra. Los estudiantes se sienten más seguros para expresarse en otras esferas de su vida y, en muchos casos, sus habilidades sociales mejoran. De esta manera, las experiencias de MCE son significativas porque contribuyen a la construcción del sentido en la vida de los participantes, generan

transformaciones en los estudiantes y los llevan a asumir sus vidas desde otras perspectivas, a tener un mejor conocimiento de sí, a partir de las reflexiones sobre sí mismos y de los entornos sociales en los que se mueven. Son esas experiencias que, de alguna manera, se convierten en una guía para orientar las acciones en sus vidas (Guzmán y Saucedo, 2015).

Un ejemplo de ello es la revista *Upociencias* de la I.E. Alfonso Upegui. Uno de los estudiantes compartió que antes de entrar al medio escolar, él era un chico tímido, a quien le costaba relacionarse con los demás, y participar en clase y expresar lo que pensaba era difícil. Sin embargo, desde que comenzó a participar en la revista, cada vez se sentía más seguro para proponer ideas, opinar y argumentar sus posiciones, y así lo reconocieron sus compañeros. Es más, llegó a ser uno de los líderes del proyecto. Esta experiencia en el MCE, en la que se sintió empoderado y libre para expresarse, posiblemente se vea reflejada en otros aspectos de su vida.

Aprender a reconocer al otro

Los MCE son espacios que propician preguntas y exploraciones, aspecto que poco sucede en otros ámbitos de la escuela. Por ejemplo, el interesarse por conocer y comprender las propias realidades, como otras diferentes a las personales, o relacionarse de manera más profunda con los demás, desde el reconocimiento mutuo, para construir juntos. En este orden de ideas, se puede indicar que en los medios escolares aprendemos de ciudadanía que, según Campuzano y Guerrero (2019), es “una forma de relación entre las personas donde prime la convivencia con el otro en pro del bien común, [...] una práctica donde es clave la empatía, la solidaridad y el uso del diálogo para resolver dificultades” (p. 2).

Siguiendo con este tema, de acuerdo con el profesor Valderrama (2007), existen cuatro componentes fundamentales para el ejercicio de la ciudadanía: el diálogo, la narración, la hermenéutica y la dimensión tecnológica y mediática. En los MCE estudiados fue posible encontrar estos cuatro elementos, como se detalla a continuación.

El *diálogo* está presente y es transversal en todos los proyectos de MCE consultados: en cada uno existe un espacio (consejo de redacción) en el que los participantes conversan, discuten, escuchan las opiniones e ideas de sus demás compañeros. En estos consejos de redacción o reuniones extracurriculares, los estudiantes, a través de la palabra, se reconocen en el otro y logran alcanzar un nivel de comprensión y validación de las experiencias de vida de los demás, tanto de sus compañeros como de otras personas que hacen parte de la institución educativa. Por ejemplo, en el Colegio Cumbres y en Bethlemitas, los estudiantes se preocupan por contar no solo aquello que sienten y viven, sino también por conocer más a sus profesores, empleados de servicios varios y vigilantes.

Aquí, entonces, entran en juego la *narración* y la *hermenéutica*. Por un lado, la narración —que se da de diferentes maneras, desde textos argumentativos, periodísticos o literarios, programas de radio noticiosos o de entretenimiento, dibujos o videos— es la manera en que se concreta el modelo de educación problematizadora. A través de las narraciones en los MCE, los estudiantes reafirman su existencia, como lo expresa Fiori (2005): “Tal vez sea ese el sentido más exacto de la alfabetización: aprender a escribir su vida, como autor y como testigo de su historia, biografiarse, existenciarse” (p. 12). El siguiente paso es la hermenéutica, es decir, el proceso en el que los estudiantes analizan, interpretan y comprenden las narraciones de los demás, lo que lleva a que se reconozcan como miembros de una comunidad en la que cada uno juega un papel fundamental en la construcción de la sociedad.

Finalmente, la *dimensión tecnológica y mediática* está presente cuando se valora, más que el producto, el resultado del proceso. La mayoría de ellos se piensan como medios de comunicación, para cuya producción es necesario el uso de ciertas herramientas tecnológicas. Sin embargo, el foco del proceso está más en las dinámicas de diálogo y corresponsabilidad mencionadas anteriormente. Es allí donde se gesta el tipo de medio que resultará. Por ejemplo, en *El Humanista*, los estudiantes piensan su periódico escolar como un medio de ciudad, como se mostró en el capítulo anterior —que también es reflejo de la población estudiantil de esta institución, pues hay estudiantes de todos los barrios y estratos sociales, permitiendo

un diálogo desde la diferencia que genera habitar otros territorios y realidades—. Es decir, trascienden las narraciones acerca de lo que pasa en el colegio y buscan contar la ciudad desde los temas que les interesan y desde sus experiencias de vida. Esto se evidencia tanto en los textos que escriben y en las fotografías que publican como en las estrategias que tienen para distribuir el periódico: repartirlo en la estación de metro más cercana, El Poblado, con la intención de que el medio sea conocido por los usuarios de este sistema masivo de transporte. Los estudiantes son conscientes de que *El Humanista* puede llegar a cualquier parte del Valle de Aburrá y la responsabilidad que eso conlleva. Ellos saben que escriben para ser leídos.

Aprender a conocerse mejor

Quienes han participado en la producción de un MCE saben que es muy diferente cuando escriben un texto o graban un video a cuando hacen un trabajo para una materia o para una tarea de clase. Esto pasa porque, generalmente, las responsabilidades en el medio escolar están atravesadas por motivaciones más profundas como la proyección profesional, querer saber más acerca de un tema; además, es algo que disfrutan, les gusta o les interesa; va más allá de la obligación de sacar una buena nota para ganar una materia. Es decir, es una experiencia significativa en la medida que genera una transformación en la vida, ayuda a ver asuntos que antes no tenían importancia de manera más profunda o termina por orientar las acciones cotidianas.

En el colegio Bethlemitas, las estudiantes asumen las responsabilidades según sus intereses. Manuela, que tenía habilidades para la ilustración y el dibujo, propuso ser una de las encargadas de la imagen de la portada, que cada año es una ilustración o fotografía original de las estudiantes. Entre todas pensaron el concepto, y ella se encargó de diseñarlo. Para hacerlo, se inscribió a un curso introductorio al diseño gráfico, y en el proceso decidió que esa era la carrera profesional que quería estudiar. Así lo expresó ella misma: “En años anteriores siempre hacían el diseño, a nuestro punto de vista, muy simple. Buscaban un fondo en internet, le ponían un texto y una imagen... Entonces este año quisimos hacer en el diseño no

copiado de internet, sino nosotras mismas. [...] Yo quiero estudiar diseño gráfico, entonces obviamente me va a servir muchísimo”.

Por otro lado, en la I. E. Eduardo Santos, los estudiantes descubrieron que sus intereses estaban dirigidos en proponer temas que les interesaban y que pudieran llamar la atención a los demás compañeros del colegio, algo diferente a los actos cívicos o asuntos institucionales relacionados con lo que pasa en el colegio. Para eso, comenzaron un proceso de talleres de escritura para descubrirse a ellos mismos, explorar lo que les gustaba y cómo querían transmitirlo, para luego poder llegar, de manera más profunda, a su comunidad.

Retos

Los aprendizajes logrados en el medio de comunicación escolar no pueden pasar “sin pena ni gloria”, como se dice coloquialmente. Es importante escribirlos, dibujarlos, dejarlos registrados para que no se pierdan, para recordarlos y entregarlos a quienes los relevarán. Y, sobre todo, es importante conversarlos, ponerlos en común, aprender del camino de los demás.

Por eso, la invitación es a que al final de cada sesión, cada semana, cada mes, o en el periodo que se elija, se reúnan en equipo y hablen acerca de lo que aprenden en el trabajo y el compromiso que conlleva un MCE. Reflexionen acerca de cómo es su participación en el medio escolar y cómo estos proyectos transforman su manera de vivir y otras experiencias en el colegio; tal vez ahora resulte más fácil trabajar en equipo, hacer amigos, alzar la mano en clase para participar, reconocer y valorar la diferencia. Cuando piensen en los aprendizajes adquiridos, escriban o dibujen –en pósts, papeles de colores, cartulinas o en el material que elijan– aquello aprendido y respondan las siguientes preguntas.

- ¿En qué momentos trabajan colaborativamente? ¿Qué destacan de estos?
- ¿Qué aprendizajes se logran cuando expresan libremente sus pensamientos y opiniones en los textos, audios, videos, fotografías o ilustraciones?

- ¿Qué hicieron durante la semana, el mes o el periodo para conocer mejor a los miembros de su comunidad? ¿Cómo los involucró en el medio escolar?
- ¿De qué nos gustaría hablar en la próxima edición? ¿Por qué?
- ¿En qué momentos pudo mostrar más compromiso con el proceso del MCE y por qué dejó de hacerlo?
- ¿Qué puede aportar para mejorar el trabajo en equipo de su MCE?
- ¿Cómo se ven reflejados los aprendizajes adquiridos en la vida escolar y personal?

A partir de estas preguntas pueden salir elementos muy interesantes para fortalecer el proceso, reconocer aquello que se está haciendo bien y las que pueden mejorar. Por eso, sería genial discutir las en un espacio en el que una persona dirija la conversación y alguien más tome nota de las ideas que se van generando. ¡Recuerden que es importante que todos participen y que lo que cada uno tiene para aportar sea tenido en cuenta!

Referencias

- Barkley, E. F. Croos, P. y Major, C. H. (2007). *Técnicas de aprendizaje colaborativo*. Morata.
- Campuzano, C. y Guerrero, S. (2019). La narración periodística como estrategia de formación ciudadana en Prensa Escuela. *Signo y Pensamiento*, 38(75), 1-12.
- Freire, P. (1985). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI editores.
- Guitert, M. y Jiménez, F. (2000). Trabajo cooperativo en entornos virtuales de aprendizaje. En J. M. Duart y A. Sangra, *Aprender en la virtualidad* (pp. 113-133). Gedisa.
- Guzmán, C. y Saucedo, C. (2015). Experiencias, vivencias y sentidos en torno a la escuela y a los estudios. Abordajes desde las perspectivas de alumnos y estudiantes. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 60(20), 1019-1054.
- Kaplún, M. (1998). *Una pedagogía de la comunicación (el comunicador popular)*. Editorial Caminos.

- Lavié, J. (2009). *El trabajo colaborativo del profesorado. Un análisis crítico de la cultura organizativa*. Comunicación Social Ediciones. <http://digital.casalini.it/9788496082656>
- Ramírez Ramírez E. del R. y Rojas Burbano R. F. (2014). El trabajo colaborativo como estrategia para construir conocimientos. *Revista de Antropología y Sociología Virajes*, 16(1), 89-101.
- Valderrama, C. (2007). *Ciudadanía y comunicación. Saberes, opiniones y haceres escolares*. Siglo del Hombre Editores.